

Principios de los 50-52. Propietarios y familiares en el bar en el primer piso



Ayer y siempre, café-bar Moderno de Alloza

Texto y fotos: Blasa y Josefina Aranda Armengod, hijas de los propietarios del bar Moderno de Alloza

“**B**ares, qué lugares tan gratos para conversar, no hay como el calor del amor en un bar”. Segunda casa de todos, y para algunos, primera, cuando se ha tenido la suerte de compartir uno de esos lugares de homenaje a la vida. Nuestra querida tierra turolense, en concreto Alloza, vio cómo los hermanos Ángel y Gerardo Aranda Ariño con sus respectivas esposas, Miguela Nuez Zaera y Concepción Armengod Sorribas, abrían en 1951 las puertas del Moderno, un local que mantendrían hasta 1985, entregados con toda la fuerza y el vigor de la juventud a realizar su propio proyecto vital. No había cansancio ni miedo al fracaso, solo ganas de trabajar, que no era poco ni poco necesario.

Este espacio de culto a lo social se hallaba ubicado en la antigua avenida 13 de Marzo, actual calle Carralafuente, la cual comienza en la plaza Mayor del pueblo y se abre paso hacia los Barrancos, paseo de festejo de la mocería a la hora del ocaso, habida cuenta del respetable recorrido hasta la fuente de las Señoritas.

El Moderno era un espacio bastante grande, soleado y con varios ventanales laterales que daban a un huerto exterior. Al principio, el bar se situaba en el primer piso, mientras que la planta baja se utilizaba como sala de baile, contigua a la cual había otra, abierta al sol y a las estrellas, conocida como “la pista” y engalanada con sauces, rosales y jazmines que, cómo no, embriagaron a más de un alma enamorada.

Años después, se bajó el bar a nivel de la calle y el baile se trasladó a “la pista”, que se techó. El infortunio



Bar en el primer piso. Familiares de los dueños.

quiso que una parte del techo se derrumbase una noche de invierno, horas después de que unos cuantos jóvenes hubieran estado jugando a los futbolines que había instalados allí. Por suerte, no hubo que lamentar ninguna desgracia personal, solo el contratiempo de tener que comenzar de nuevo, al igual que pasa con las labores del campo.

El bar acogió acontecimientos de lo más variado, desde sociales y políticos hasta culturales. Uno que merece la pena resaltar, por ser un poco compendio de todos ellos, es su uso como salón de banquetes de bodas. Estas se celebraban en el espacio del baile y en

su organización colaboraban todas las casas del pueblo, cada cual con lo que tenía: una mesa, dos ollas, una docena de platos, cuatro sillas...; todo un despliegue de medios y un espectáculo en el que cada objeto se marcaba con laca de uñas y esparadrappo en el reverso, a modo de creativo logotipo familiar. Poco a poco el Moderno logró reunir la infraestructura necesaria y evitar, en cierta medida, semejante “trantul”.

Cabe destacar que al mando de los fogones se hallaban la “tía Ignacia”, la “tía Asunción” y también la “tía Isabel”, capaces de preparar caldo, canelones y pollo o cordero al horno para 300 comensales... en una co-

1 Al calor del amor en un bar, Gabinete Caligari, 1986.

cina de seis metros cuadrados. ¡Alucinante! Siempre apoyadas por las de la casa y las mujeres de la familia de los novios en la función de camareras.

Por supuesto, el convite se veía constantemente interrumpido por las todavía hoy habituales exhortaciones de: “¡Que se besen!”, “¡vivan los novios!”, “¡viva la madre de la novia!” o “¡viva la hermana del novio!”. Se soltaban vivas por todos los familiares y, poco a poco, conforme corría el vino, los invitados se arrancaban con las jotas dedicadas, siendo típica la letra dedicada a la novia, a la que se ponía a disposición del marido y se le advertía de algunos quehaceres bien conocidos por ella.

La fiesta acababa con el baile general, incluidos los chavales, momento en el que podían rescatar alguna “torta” y algún “cigarro”, convirtiéndose así en una celebración compartida por todos. Muchos que ya son abuelos seguro que recordarán haber participado, si no haber sido protagonistas, de días tan señalados en los salones del Moderno.

La vida en el bar transcurría con las idas y venidas de los quehaceres cotidianos, casi de sol a sol. La jornada comenzaba muy temprano, limpiando y barriendo el suelo. Para ello se subían las sillas, estilo Thonet, encima de las mesas, de mármol y con patas de hierro, y después de esparcir por el suelo una mezcla de serrín con agua, que amortiguaba el polvo, se pasaban las escobas, tarea femenina que realizaban mi madre y mi tía.

Fruto de la dificultad para ganarse la vida en aquellos tiempos era la necesidad de tocar muchas teclas, el campo y los animales eran ocupaciones típicas añadidas de los que tenían algún negocio abierto.

En invierno la estufa era el centro gravitatorio sobre el que giraba todo. Se trataba de un verdadero artilugio, digno de la película *Mad Max* y ejemplo de autosuficiencia, al tratarse de un bidón de aceite para tractor reconvertido para semejante menester, de un diámetro aproximado de 60 cm, donde se quemaban auténticos “zoncarros” o tarugos, obtenidos de la poda del almendro y del olivo, junto con unos cuantos calderos de carbón mojado con agua, para que aguante más la brasa.

A su alrededor se convocaba a la escucha de historias ancestrales, a la mirada perdida y adormecida por el calor, y al punto que mi madre y mi tía tejían entre sus manos. Los niños jugábamos a los seises, al siete y medio y al burro; al parchís, al ajedrez y al dominó. Conforme ibas creciendo aprendías a jugar al guiñote, la perla de la zona. En el imaginario colectivo el ideal estaba en llegar a ser como uno de aquellos grandes jugadores que dominaban todas las jugadas, que observaban y memorizaban todas las cartas que iban saliendo y que eran capaces de proyectar cada uno de los movimientos que hacían sus contrincantes.

Los medios de comunicación de masas empezaban a llegar por estos lares también a los lugares públicos.



Bar en el primer piso. 1950-51.



Cocinera y camareras en una boda y en el rincón Modesto, el del periódico.

Antes de la televisión, hizo su aparición la radio, cuando la escucha se reunía al lado del aparato transmisor que algún viajante-representante de la zona dejaba en el bar a manera de prueba, pues ninguno llegaba a instalarse definitivamente; así, recuerdo algún comentario del tipo: “Ya toma viaje el Philips”.

Lo mismo sucedió con la televisión. Fue en 1975, coincidiendo con la muerte de Franco, cuando dejaron una de color, que vino que ni pintada, pues pasamos toda la programación de la despedida del dictador sin movernos de delante del aparato.

Entre los programas de mayor audiencia, el primer puesto se lo llevaba “el parte del tiempo” al final del “parte”, como se llamaba por aquel entonces a los noticiarios, sin duda, por connotaciones con el lenguaje bélico. Parece que durante la guerra se ofrecían los “partes” de guerra y las emisoras de radio privadas debían conectar con la Radio Nacional Española. Cuando daba comienzo el parte meteorológico, se



Bar café Moderno. 1963.



Vaquillas en tierra a su paso por el Moderno. 1964.



Preparativos para la visita del gobernador civil.

exigía máximo silencio en la sala, pues coincidía con el final del café y la partida.

Después de escucharlo, los hombres salían a la calle y contemplando el horizonte valoraban y criticaban la previsión del hombre del tiempo, que en los años sesenta era Mariano Medina. La mayoría opinaba que estos especialistas, los meteorólogos, no tenían ni idea de pronosticar los fenómenos atmosféricos y que solo ellos, los agricultores, hombres del campo, que pasaban las horas y la vida pendientes del cielo y que se sentían tan cerca de la naturaleza, podían entender y predecir lo que podía ocurrir; siendo día de fiesta, en el doble sentido de la palabra, la lluvia, el "¡ya llueve!". En una tierra tan seca como la nuestra, ese era el grito de alegría, la mejor de las cosas posibles que pudieran pasar.

Había mañanas sublimes, los "vermús" de los días más señalados, para los que preparábamos canastas de champiñones al ajillo, olivas, berberechos y mejillones en platillos de cristal. Era una hora mágica en la que también se podía escuchar alguna pieza musical del repertorio del conjunto que actuaría en la sesiones de baile. Era una manera de presentar al público la orquesta y que, si gustaba, los clientes comprarán la entrada para volver a bailar en la sesión de tarde o noche.

Los jóvenes acostumbraban a venir en grupos, sesgados por sexo: los chicos por su lado y las chicas por el suyo. Estos grupos musicales acostumbraban a repetir año tras año. Los 5 del Ebro, por ejemplo, asiduos durante lustros y ya casi de la familia, eran de Ascó. Los Pirámboas y los Sherpas, de Amposta, fueron

quizás los más modernos que contratamos, pues llevaban melenas y las mujeres les hacían la broma de ir en busca de tijeras para dejarlos bien "escoscaus". También tuvimos a la orquesta Savoy, que el público maduro recuerda como la mejor de todas: recuerdo una sesión del vermut en que los jóvenes que cantaban bien, ya con algunas cervezas, empezaron a entonar alguna canción con toda el alma y el trompeta de la orquesta no pudo resistirse a acompañarles por el café; en fin, que se montaban congas, o batucadas como se diría hoy, en un santiamén. Las orquestas se contrataban únicamente para las fiestas mayores del pueblo: la Exaltación de la Santa Cruz (14 de septiembre) y San Blas (3 de febrero). Los músicos eran, como ya se ha dicho, como de la familia, compartiendo casa y comida con nosotros. Comíamos por turnos, creo recordar hasta tres. En su vida diaria el Moderno no ofrecía comidas, pero si algún viajero o viajante llegaba y lo solicitaba siempre se le ofrecía la posibilidad de compartir nuestro rancho y hasta nuestra propia mesa.

Por las tardes tenía lugar el ritual del café, copa -de Veterano, Fundador o Magno- y faria o "rosli", junto a las partidas del guiñote, en las que cada jugador acostumbraba a tener un sitio y pareja fija, y hasta su propia silla, y recordamos a algunos clientes buscando afanosamente "su silla" como algo propio, por toda la sala. Así, una vez en sus mesas, se aposentaban gran parte de la tarde, que se alargaba más o menos según las faenas del campo. Entre los clientes se encontraban también "los poderes" del pueblo: el secretario, el médico y el maestro. Uno de ellos, don Arturo, que fue maestro de nuestro padre, se encargaba de tomar nota en un cuaderno de todas las palabras que le llamaban la atención. Podríamos decir que cada cliente tenía su lugar, como la silla junto a uno de los pilares que ocupaba el tío Modesto, lector diario del *Heraldo*, el cual comentaba que el hombre algún día llegaría a la luna, pensando la concurrencia que estaba chiflado y diciendo algún asistente: "El Modesto se nos va".

Había noches especiales, como cuando aparecía una compañía de circo, la revista musical o el numerito de los borrachos del pueblo, "los Federos", por ejemplo, un matrimonio que bebía, gritaba y cantaba acompañado de guitarra, si no se adormecían apostados en la barra.

Una noche, cuando llegaron los del circo, un hombre de dos metros de altura solicitó que se le prepararan 25 huevos fritos en una fuente y allí se los zampó, no en una sentada, como se suele decir, sino de pie, en la barra, ante el asombro de todos los presentes. Especiales eran también las veladas de "la revista", espectáculo que coloreaba la grisura en la que transcurrían aquellos años. Montaban la escena sobre una tabla de billar francés, que se hallaba en un extremo del bar, donde se iban sucediendo los números de magia, humor y los musicales como el famoso tema del *Bayón*, ante el que con mirada expectante los



Fiestas de septiembre 1968. Baile.



Asiduos del bar (el tío Moneva, el Curro) y los propietarios.



Carnaval 1968. Concurso de disfraces con el conjunto los Sherpas, de Amposta.

mozos, y no tan mozos, no salían de su asombro y se quedaban “clavaos” en un gesto “cucando el ojo”.

Pero el tiempo pasa de manera inmisericorde... y ahora son los nietos de los dueños los que sienten curiosidad por este pasado, por su estética y su ética. Escuchan atentos, una y otra vez, las historias de cómo se perdieron los sifones de cristal con el nombre del bar grabado y todo el instrumental para hacer gaseosas y los propios sifones, los cuales se preparaban en la “gasosera”, ubicada en un pequeño cuarto dentro de la sala de baile. Y se admiran al contemplar los recuerdos de un tiempo, que posiblemente no volverá, entre ellos la cafetera, el fino molinillo de cristal labrado, la nevera de pared y el mostrador o barra, de obra y bastante alta, que permanecen en el salón del bar junto a las estanterías y un espejo en la pared regalo de Bodegas Osborne, que era lugar de posado fotográfico de familiares y amigos. Y de cuando en cuando aún aparece gente por sorpresa preguntando por el bar porque su padre, su abuelo, o alguien cercano a él le ha contado sobre este espacio, que aún mantiene el aura de los lugares con solera y que con ese aroma a pasado nos recuerda aquellos magníficos locales que poco a poco se han ido cerrando y olvidando por todos los rincones del mundo, dejándonos a todos sentimientos que nos arrancan una sonrisa no sin cierto deje de tristeza.